



Más sobre el desabasto cubano

Carlos A. Aguilera (comp.)

Memorias de la clase muerta. Poesía cubana 1988-2001

Aldus (Los poetas), México, 2002, 175 págs.

Arturo Cantú Sánchez

C. A. Aguilera, autor de la compilación de estos poetas de “la clase muerta”, aparece también como poeta antologado, el más joven según los datos que anteceden a la selección de cada uno, y como autor de un epílogo que desde luego cierra el libro. El prólogo corre a cargo de Lorenzo García Vega, un personaje que ya habíamos visto desfilar en *El libro perdido de los origenistas* (de la misma editorial y parecida filiación), como parte del exilio cubano y actual portero de una tienda Gucci en Nueva York. El prólogo se titula, con cierta obviedad, “Prólogo sin credenciales”, y así lo reitera desde distintos puntos de vista su autor a lo largo de sus 15 páginas. Según el prólogo y el epílogo, no se trataría simplemente de una antología de la poesía cubana aparecida entre 1988 y 2001, sino de la poesía disidente, o acaso de los poetas disidentes. El prologuista los reputa por lo menos dos veces como integrantes de una “diáspora” (aunque no queda muy claro si viven fuera de la isla) y el antologista advierte desde las primeras líneas que no se trata de una antología construida “desde la historia”, o desde ese lugar donde “lo histórico se acopla” (pág. 167), como justificando la exclusión de otros poetas con publicaciones en las mismas fechas, pero que pudieran estar de acuerdo con la historia reciente de Cuba, es decir, con el castrismo. Poesía de disidentes, pues, ya no tan jóvenes porque todos, excepto el compilador, frisan en los 40. Cuatro de los nueve antologados ya los cumplieron y otros cuatro están a un año o dos de cumplirlos.

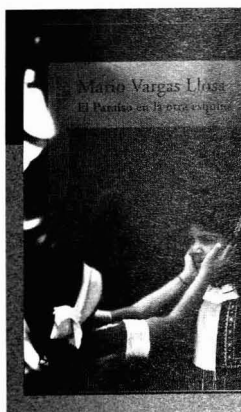
Lo de la edad es importante por el contenido “experimental” de los poemas incluidos. El prologuista así los califica: “Pues estos poetas de esta antología son, por supuesto, poetas experimentales” (pág. 18). Se trata de jóvenes de 40 años ensayando a crear una poesía diferente a la de los “origenistas” y “neorigenistas” (los adjetivos, por la revista *Orígenes* de José Lezama Lima, 1910-1976), una poesía fuera de la tradición que con frecuencia recurre a los procedimientos vanguardistas de los inicios del siglo xx. Hay caligramas (págs. 123-129) a la manera de Apollinaire (1880-1918) y balbuceos al estilo Huidobro (1893-1948): “El tartamudeo que tantas

veces podemos encontrar en los poetas de esta antología”, dice el prologuista. Otros ensayan, como el Novo de hace 70 años, poemas bajo la forma del “Never ever clever sever ah la rima / imagina plombagina...”, y no faltan los que todavía intentan sacarle algún partido al surrealismo bretoniano. Sólo se extrañan los arranques futuristas a lo Marinetti (1876-1944). El autor de la compilación, al compilarse él mismo, nos receta combinaciones como ésta: “pro- / ces-o mecánic / o / p / ara / establecer / una / p-roducción mas-iva / d-el / Estado” y así (cada sección entre los guiones transversales es un verso) hasta completar ocho páginas de lo mismo

(págs. 153-160); el fraccionamiento fónico de Huidobro en *Altazor* se convierte aquí en un fraccionamiento “escritural”, para usar el término que el mismo Aguilera usa. El poema se titula “B, CE—”, y uno debe encontrar en él, presumiblemente, una burla de las tesis de Marx. Y de todo ello, según el prólogo y el epílogo, tendría la culpa el régimen de Castro, con su cerco de políticas culturales coercitivas que los obliga, para no incurrir en una poesía gobiernista, a retroceder hasta principios del siglo pasado, cuando los poetas emergentes trataban de llevar a sus últimas consecuencias el modernismo de Rubén Darío, o de sobrepasarlo. Sólo que ahora intentarían sobrepasar a los que lo sobrepasaron (Lezama Lima entre ellos), haciendo los mismos gestos y aspavientos de los más radicales de aquellos años. ¿Será por eso, también, que en el epílogo se advierte que no se trata de una antología construida “desde la historia”?

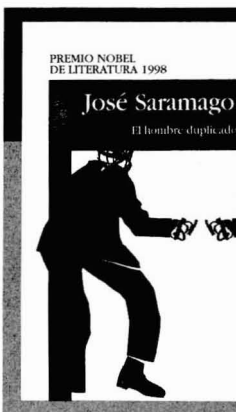
Con todo, aquí y allá, no deja de haber buenos poemas. Parte del “experimentalismo”, hay que reconocerlo, obedece también a tendencias actuales que buscan desmontar un poco los efectos rítmicos y metafóricos de la poesía, por lo menos los efectos más notorios. Se intenta a veces una poesía sin los apoyos de la métrica y aun de la mera entonación rítmica, que tampoco incurra demasiado en contraposiciones conceptuales ni en sorpresas del discurso; una poesía que no pueda memorizarse sino sólo leerse, a veces al estilo, pero sin el genio, del ruso Guennadi Aigui (también publicado en Aldus, 2002) que combina todos estos procedimientos con inesperadas líneas líricas y sentimentales. Por lo mismo, se trata de una poesía (la de los cubanos antologados) que depende mucho más del estado de ánimo del lector que de sus propios recursos, y que lo mismo puede resultar cargante que ingeniosa. Dentro de esa línea un lector paciente podría encontrar algo. Lo difícil del asunto es que los nueve antologados, vanguardistas del siglo xx o vanguardistas del si-

glo xxi, incurren al unísono en lo mismo, y muchas veces sin ninguna gracia. Más divertidos son los textos del prologoista y el epilogoista, que explica la homogeneidad. Según C. A. Aguilera, “esta antología es [...] el relato de un concepto [...] o cierto juego entre *fictus* e *idea* [...] textos que se acoplan a una reflexión sobre el poema, el escritor y sus articulaciones en un determinado hábitat: lo civil, lo político, el nacionalismo [...] lo escritural, lo histórico, lo antropológico [...] lo neobarroco, la tensión con los referentes literarios, lo ininteligible [...] o pedacitos de otros conceptos menos claros o caricaturescos”. Siempre bien entendido que todo esto, “si responde transversalmente a algo es a un rozar *loconceptual* [*sic*] un entrar-salir de él... y desde ahí es que debe verse” (pág. 170). Lorenzo García Vega, que tal vez no se la pasa ahora tan bien en Miami o Nueva York como antes en La Habana, es más explícito y enfático. Después de hacer notar el despropósito de promover el juego de ajedrez entre los guajiros (pág. 17), o de ponerles nombres de inspiración rusa a las niñas nacidas al principio de la revolución (Yesamín, Yíurica, Yesemira, Guabela, Awinda o Dagmaris), apunta que estos nombres, a su juicio, constituirían impedimento para las sanas relaciones eróticas de los poetas “de la clase muerta” (pág. 16), y resultarían determinantes en el tipo de poesía que escriben. Finalmente, no sin antes acumular otros argumentos similares, García Vega acaba explotando en el siguiente exabrupto: “Detrás de las citas de los Bernhardt, de los Wittgenstein, que esos poetas [los de la antología] siempre hacen, está el polvo, los harapos, de ese destartalo, de esa cagazón que ha sido el *locus* donde estos poetas han tenido que abrir los ojos” (pág. 17). *Fictus* uno, *locus* el otro. *Fictus* tendría que ver, quizá, con lo imaginario, lo ficticio; *locus* quiere decir, según el diccionario de latín Sopena, “lugar, sitio, posición; *locus natalis*, la patria”. ■



Mario Vargas Llosa
El paraíso en la otra esquina
Alfaguara, México,
2003, 485 págs.

¿Dónde se encuentra el paraíso? ¿En la construcción de una sociedad igualitaria o en la vuelta al mundo primitivo? Dos vidas: la de Flora Tristán y la de Paul Gauguin. Dos concepciones del sexo. ¿Qué tienen en común, además del vínculo familiar, por ser Flora la abuela materna de Gauguin?



José Saramago
El hombre duplicado
Pilar del Río (trad.), Alfaguara,
México, 2003, 407 págs.

Innovando frente a las convenciones de la novela, Saramago convierte la voz narradora en sujeto activo, en un juego metaliterario que pone al servicio de la historia y que va mucho más allá de las rupturas estrictamente formales.